



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 26 DE OCTUBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La veracruzana jarocho

AMOR, SIMPLEMENTE AMOR.

OLGA DE LEÓN G.

Es fácil para una mujer medianamente enamorada, y quizás hasta para un hombre cualquiera, decir: “te amo”. No, yo no te amo. Yo te idolatro... pero solo a ratos, y no para toda la vida: ¡qué aburrido!, sería eso. ¿Será por eso por lo que siempre o casi siempre, discutimos?, porque no me callo lo que pienso o siento. O, solo porque me atrevo a contradecirte, con razón o sin ella.

¡Cómo disfruto llevarte la contra!, aunque casi siempre termine dándote la razón o aceptando lo que tú defiendes... no porque esté de acuerdo contigo, sino por no discutir más, pues no nos llevaría a ningún lado positivo, e internamente sé que yo triunfé al concederte ganarme, aunque tú no lo sepas jamás, ni lo entiendas así; si lo supieras te enfadarías y volveríamos a lo mismo, a pelear: sería un cuento de nunca acabar.

Cuánto tiempo perdimos discutiendo, peleando por necedades, por banalidades, sin motivo ni razón alguna para pelear. Esto también, ¿será un asunto de “lucha por el poder”? Sí, ¡caro!, qué más puede ser: los géneros siempre están en lucha por ser, por existir y sobrevivir a lo mundano y común... Y, ¡al otro!

La vida es tan corta, lo sabemos y nos lo repetimos con tanta frecuencia, que a veces me suena como a un disco rayado, de tanto hacerlo sonar. Y, ¿de qué nos sirve tal conocimiento? Creo que se ha vuelto un cliché que ya no valoramos o no entendemos en su total dimensión.

Pero, en dónde están tus cartas y los cuentos que prometiste me enviarías, una vez que tú ya no estuvieses a mi lado; si no todos los días, al menos de cuando en cuando; una a la semana, estaría bien. Pero nada extraordinario ha sucedido. A mí, realmente, me extrañó tu propuesta, pues ignoraba que escribieras cuentos; eso lo hacía yo; pero y, ¿tú? Desconocía tal faceta de tu personalidad, aunque lo llegué a sospechar, ya que había encontrado un par que dejaste por ahí, sin terminarlos.

Ese, eras tú, misterioso e inesperado. Y no podía enojarme porque no me contaras todo sobre ti. Habría sido un desperdicio de tiempo, como las discusiones y pleitos insulsos e inútiles que solíamos tener cuando estábamos aburridos.

Te reitero: No, yo no te quiero. Eso es demasiado absurdo y sin sentido para dos que se amaron más allá de cualquier metro o medida. Pocos supieron la dimensión de nuestro amor y cariño, mas algunas amigas cercanas, y quizás nuestros hijos, siempre lo supieron.

Recuerdo la noche en que creí haberte perdido. No mostré dolor ni tristeza, sí preocupación. ¿Qué sería de ti sin mí? Tan segura estaba de que tú dependías más de mí que yo de ti: ¿sería pura vanidad, lo mío? O, ¿certeza de nuestra realidad de pareja, es lo que guio mi pensamiento en este sentido? Seguramente la respuesta corresponde a un sí, a la primera opción. No sé, tal vez ahora estoy siendo modesta.

Cuánta falta me haces, pues es un tanto cansado preguntarse y contestar uno mismo. Tendré que acostumbrarme; o cambiar de estrategia. Hasta que



encuentre otra alma gemela que soporte mis contradicciones en aras de lo interesante que pueda resultar charlar conmigo, imposible e inverosímil. Sigo engreída y vanidosa, o simplemente honesta y segura de mí misma: ¡quién podrá saberlo!

Todo continuaba tranquilamente, nada ni nadie perturbaba nuestras vidas: la tuya en el más allá, la mía acá. No sé si más aburrida la mía o la tuya. Desde mi personal e íntima perspectiva tú sigues vivo. Vivo, en mi pensamiento, en mi mente, en mis recuerdos y en mis cuentos. Y estás tal como la última vez que tuvimos una buena charla, quizás hace ya siete u ocho años.

Antier, sí, desde el viernes 24 de octubre, me sentí un tanto inquieta, me entraron mis presentimientos -en los que tú nunca creíste-. Parecía como si me acompañaras a donde quiera que me moviera. Y, con mayor fuerza, lo sentí ayer, el sábado 25 de octubre, tu presencia era de cuerpo y espíritu enteros. No te extrañaba, te presentía a mi lado.

A la media mañana del sábado, apareció de no sé dónde un sobre cerrado sin estampillas, pero que alguien o el viento o una de las palomas que a diario tocan la puerta con su pico, sin querer hacerlo, dejó el sobre justo entre los barros de los hierros negros de la puerta principal de la casa. Oí el golpe, volteé la cabeza y allí estaba. Bajé, abrí y saqué el sobre. Tenía mi nombre de pila al frente, en medio de él. Solo eso, nada más.

No titubeé, sabía que era tu carta, la primera que me enviabas desde el más allá. ¡Claro!, alguien te estaría apoyando. La abrí y leí: “¡Feliz cumpleaños!, mi amor. El primero sin mí. Pero, no me

extrañes, estoy y estaré siempre contigo. Hasta que encuentres una nueva alma gemela. Te quiero y te querré siempre”.

EL SABIO REFRÁN

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Todos los días, su madre le repetía el mismo refrán cuando se aprestaba para salir a jugar: “Apúrate, porque del plato a la boca, se cae la sopa”. Él, de cualquier manera, esperaba confiado, sentado con las piernas cruzadas encima de la banca, en su lugar preferido del parque, mirando a las señoras chinas, mientras bebía su refresco de manzana, el cual se había detenido a comprar en el tendajo que le quedaba durante el trayecto.

Las señoras platicaban en otra mesa, a cuatro metros de distancia, sentadas de manera muy propia en sus lugares, llevando cabello corto al cuello, con pantalones largos y blusas que tapaban sus brazos, con colgijes y relojes de muñeca. Tomaban con ambas manos sus vasos para dar un sorbo al té.

A veces aparecía un hombre obeso, mal aliñado, de camiseta blanca y pants negros deportivos, (aunque era evidente que el señor no practicaba ejercicio). El barrigón llevaba lentes que se retiraba del rostro para saludar con una sonrisa amable a las chinas. Luego seguía su camino hasta la mesa donde lo esperaba su esposa, una mujer con cara de renacuajo, de trompas echadas para adelante y lentes pesados, quien pasaba la mayor parte del tiempo mirando su celular.

Al lado de ellos había una pareja de jóvenes esposos quienes colocaban a su hija: una bebé menor a un año, sobre la mesa y la cual, recostada encima de una

sábana, chillaba todo el tiempo. Al cuarto para las tres, el joven marido se levantaba de su lugar con la mochila negra en la espalda, sosteniendo en una mano el plástico desechable en el que su mujer le había traído la comida hasta el parque. Tiraba el desperdicio en un bote de basura y continuaba su camino hasta la parada de camiones, ya sin voltear a despedirse de la joven y amada esposa.

Las chinas seguían revoloteando en su mesa, cada una intentando imponer su punto de vista sobre lo que era correcto decir cuando a una, algún caballero la invitaba a comer o cenar, pero ellas deseaban negarse. Una de aquellas era de la opinión de que la cena debe aceptarse y solo debía negarse al caballero hasta la invitación para la segunda salida, si hubiera una subsecuente invitación. Si no la había, ya se había sorteado la dificultad. Otra era de la opinión de que lo mejor era interponer como excusa que el novio no lo permitiría, aunque no se contara con novio alguno; así se evitaba cualquier tipo de insistencia y ruegos. Otra decía que la razón primordial de la cena era el sexo, como todo en esta vida se trataba de sexo, excepto el mismo sexo, (ese se trataba de poder). Así es que había que entrar a la batalla hecha y derecha con la convicción de que al menos un “acostón” se sacaría de la experiencia. La mayor de las cuatro, quien rondaba los cuarenta años, solo escuchaba, sin externar opinión alguna.

El chiquillo que tomaba el refresco esperaba a que llegara la niña que le gustaba. Los lunes aparecía por el parque junto con tres amigas de la misma edad, para jugar al bebe-leche. Él se acercaba al grupito y comenzaba a hacerles plática. Para la pretendida, era muy evidente que ella era la seleccionada y ya estaba muy hecha a la idea de que, un día, le daría la mano al caballero, e incluso podría plantarle un beso en la mejilla. Pero el jovencito dilataba en expresar sus sentimientos y ella comenzaba a cansarse en la espera.

Ese día: ocurrió el mismo ritual de siempre. Las cuatro niñas llegaron al parque y corrieron a la sección de juegos donde había cemento, dibujaron la rayuela en forma de avioncito, pintaron los números del uno al diez y buscaron entre las piedras, para que cada una seleccionara aquella con la que participaría. Estuvieron listas y comenzaron a brincar.

El jovencito se acercó. “Hola”, les dijo él a las cuatro; pero solo la pretensa respondió: “¡Hola!”. Una señora china se acercó al grupito. “Ándale, mijito, pregúntale a la niña si quiere ser tu novia”. La chiquilla se sonrojó, cruzando de revés sus manos y meciéndose de un lado al otro; dobló un pie y le sonrió al niño. Al jovencito le brotó una lágrima que rodó por la mejilla y se quedó mudo, con dos nudos y medio en la garganta. La niña se acercó al muchachito y tomándole una mano entre las suyas, le dijo: “No tienes que decir nada si no quieres”. El niño se limpió la lágrima y asintió con la cabeza, haciendo carita de puchero para luego plantarle un beso en la boca a la niña. Todos en el parque se sonrieron.



Alfonsina Storni

(Capriascas, Suiza, 1892 - Mar del Plata, Argentina, 1938) Poetisa argentina de origen suizo. Alfonsina Storni pasó a ocupar un lugar destacado en el panorama literario hispanoamericano por la fuerza con que aparece en sus versos la afirmación de una mirada femenina sobre el mundo. Junto a la chilena Gabriela Mistral y la uruguaya Juana de Ibarbourou, contemporáneas suyas, conformó la primera avanzadilla en la lucha de las mujeres por ocupar lugares de reconocimiento en los espacios de la literatura de América.

A los cuatro años se trasladó con sus padres a Argentina, y residió en Santa Fe, Rosario y Buenos Aires. Se graduó como maestra, ejerció en la ciudad de Rosario y allí publicó poemas en las revistas Mundo Rosarino y Monos y Monadas. Se trasladó luego a Buenos Aires y fue docente en el Teatro Infantil Lavardén y en la Escuela Normal de Lenguas Vivas.

En 1917 fue nombrada maestra directora del internado de Marcos Paz. Por esa época comenzó Alfonsina Storni a frecuentar los círculos literarios y dictó conferencias en Buenos Aires y Montevideo; colaboró en las publicaciones Caras y Caretas, Nosotros, Atlántida, La Nota y en el periódico La Nación. Compartió además la vida artística y cultural del grupo Anaconda con Horacio Quiroga y Enrique Amorín y obtuvo varios premios literarios.

En la década de 1930 viajó a Europa y participó de las reuniones del grupo Signos, donde asistían figuras importantes de las letras como Federico García Lorca y Ramón Gómez de la Serna. En 1938 participó en el homenaje que la Universidad de Montevideo brindó a las tres grandes poetisas de América: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y ella misma. Víctima de una enfermedad terminal, el 25 de octubre de ese mismo año decidió suicidarse en Mar del Plata.

Madre soltera, hecho que no era aceptable en su época, Alfonsina Storni fue sin embargo la primera mujer reconocida entre los mayores escritores de aquel tiempo. Su trayectoria literaria evolucionó desde el romanticismo hacia el intimismo sintomático del modernismo crepuscular para desembocar en la vanguardia. El rasgo más característico de su producción fue un feminismo combatiivo en la línea que se observa en el poema Tú me quieres blanca, el cual se halla motivado por las relaciones problemáticas con el hombre, decisivas en la vida de la poetisa.

La obra poética de Alfonsina Storni se divide en dos etapas: a la primera, caracterizada por la influencia de los románticos y modernistas, corresponden La inquietud del rosál (1916), El dulce daño (1918), Irremediablemente (1919), Languidez (1920) y Ocre (1920). La segunda etapa, caracterizada por una visión oscura, irónica y angustiosa, se manifiesta en Mundo de siete pozos (1934) y Mascarella y trébol (1938).

Storni hizo también incursiones en la dramaturgia: en 1927 estrenó en el Teatro Cervantes El amo del mundo, y en 1931 aparecieron Dos farsas pitotécnicas, que incluían Cimbellina en 1900 y pico y Polixena y la cocinera. En 1950 se editó Teatro infantil, pero varias de sus obras para niños permanecen inéditas. En 1936 colaboró en el IV Centenario de la fundación de Buenos Aires con el ensayo Desovillando la raíz porteña.

ad pèdem literae

Un hombre que se atreve a malgastar una hora de vida no ha descubierto el valor de la vida

Charles Darwin

Letras de buen humor

La historia se repite. Ese es uno de los errores de la historia.

Charles Darwin

Elmer Mendoza

Las furias, novela de Daniel Avechuco Cabrera

Elmer Mendoza

Hay novelas que tienen páginas, se leen y se respira tranquilamente. También hay novelas que contienen historias y cada página es un filón de un cuerpo misterioso, proceloso y catártico donde se mezcla el tiempo, las palabras y el movimiento de ciertos personajes que se convierten en parte de la memoria de la gente que lee, que tiene trocas o una familiar que cuenta historias fantásticas. Las furias, de Daniel Avechuco Cabrera, publicada por Nitro/Press y la Secretaría de cultura de Querétaro en agosto de 2025 en México, exhibe estas características de principio a fin. Esta novela mereció el premio Vuelta de tuerca 2024.

El autor nació en Hermosillo, Sonora, en 1985 y además de un narrador acucioso es académico de la Unison. Es un escritor meticuloso, cada atmósfera es un elemento entrañable, un espacio emocional que provoca deseos de descubrir qué ocurre en el párrafo siguiente. Las furias es una novela que rápidamente compromete. Narra el caso de Rena, la menor de las Morán, una familia muy especial porque da la impresión de que están desahucadas. La vieja Sula y Ester, las mayores, platican fantasías cuyo eje principal es lo terrible. Rena es

universitaria, un día desaparece y piden a Nico Armentera, una investigadora que ya ha salvado a una chica secuestrada, que la encuentre. Además son vecinas. Nico, mujer de más de 40 años, tiene un auxiliar que no sale de su casa, Mingo, pero que no tiene paralelo localizando complementos para el trabajo de campo de la detective. La novela se desarrolla en un ambiente caluroso y Nico tenía claro que, “toda pista consistía en un pozo que en apariencia no tenía fondo”.

Armentera es una investigadora con vida personal, con frecuencia visita a su madre en un asilo, mira la tele y conduce un viejo Datsun. Conoce a Farfán, un jefe policiaco que no le interesa el caso. Bueno, ustedes saben que el nuestro es un país de desaparecidos, ¿y la policía? Bien, gracias. Conversa con la vieja Sula que le cuenta de una santa, de espacios con sangre, le dice que “los pájaros son animales serios”; pasan varios días para que esa frase tenga sentido. Poco a poco, un hombre al que apodan Carpintero y su troca, toman importancia. Nico avanza por esa ruta hasta encontrar un pueblo y dos sorpresas que de ninguna manera aceptaría usted que se las revelara. Si le puedo compartir que en una conversación Sula aconseja a Rena, “cuan-



do te encuentres a alguien... al que le gusta meterse en tu cabeza y robarte los pensamientos, corre.” Sin duda, es una lección que podemos seguir para exponernos menos.

Daniel Avechuco Cabrera desarrolla Las furias en una línea narrativa. Rena, una chica reservada, tiene dos empleos pero no tiene amistades, de manera que la detective avanza despacio, sin prisa pero sin pausa, hasta que un dato inesperado la aproxima a la posible solución del caso. Usted sabe que las desapariciones en Sonora son abun-

dantes y aunque no sea la pretensión de Daniel, no lo sé, el caso de Rena es muchos casos y el tratamiento ficcional contiene un deseo, que las chicas y chicos sean localizados, si es vivos mejor. Mientras lee, usted recordará que México es un país surrealista, y que lo que sucedió en Malcatrán es una historia que la modernidad no puede evitar. Las furias es una novela de esperanza que no le quedará a deber. Contar México es dejar señales para que no se olviden de que se debe resolver el asunto de la violencia contra las mujeres. Abrazos.